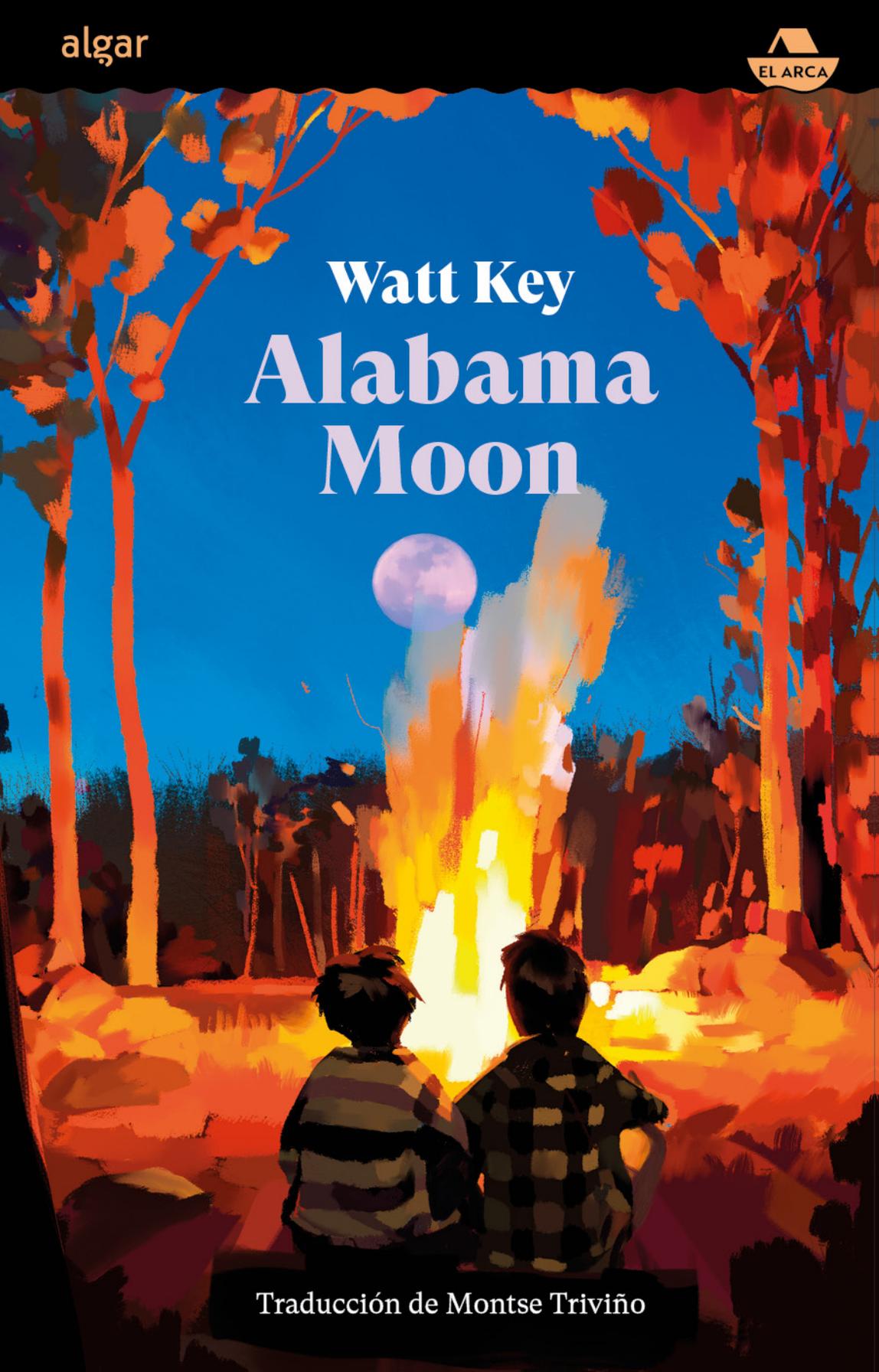


algar



Watt Key Alabama Moon



Traducción de Montse Triviño

1

Justo antes de morir, papá me dijo que todo iría bien mientras yo no dependiera de nadie, excepto de mí mismo. Dijo que al principio quizá me sintiera un poco solo, pero que se me pasaría. Yo tenía diez años y él me había enseñado todo lo que me hacía falta saber para vivir en el bosque. Sabía cazar para comer y fabricar mi propia ropa. Sabía orientarme siguiendo las estrellas y encender fuego, aunque lloviera. Papá incluso estaba convencido de que yo era capaz de darle una paliza a alguien tres veces más grande que yo. No estaba preocupado por mí.

Tardé casi toda la mañana en cargarlo en la carretilla y llevarlo hasta el bosque de cedros del acantilado. Lo enterré al lado de mamá, en un lugar desde el que se veían fluir las aguas color café del río Noxubee. Estábamos a mediados de enero y el viento me alborotaba el pelo; las nubes grises flotaban sobre los árboles y empapaban el bosque de humedad. Noté que la soledad de la que había hablado papá me subía desde el estómago hasta la garganta.

No puse ninguna cruz en la tumba. Que yo supiera, papá no creía en esas cosas. La única forma de saber dónde estaba la tumba de mamá era fijarse en que la tierra que la cubría estaba un poco hundida y en la roca caliza que decía «1972» justo al lado. No recuerdo su cara, pero sí recuerdo otro cuerpo en la

cama por las noches, que me calentaba desde el otro lado. Papá decía que mamá le recordaba a un pinzón amarillo y esa es la imagen de ella que conservo en la mente.

Encontré una roca para papá y grabé «1980» con un clavo. Después de colocarla junto al montículo de tierra, metí la pala en la carretilla y me dirigí de vuelta al refugio. El sendero del bosque de cedros era el único que usábamos lo bastante como para haber dejado un rastro en él. Hacía tantos años que papá y yo lo recorríamos que parecía un camino para el ganado. No era solo porque a papá le gustaba ir a ver a mamá en lo alto del acantilado, sino que también era nuestra ruta principal cuando íbamos a comprobar las líneas de trampas del nordeste. Ya había transcurrido casi una semana desde la última vez que las había comprobado, porque no había querido apartarme de papá. Estaba seguro de que las trampas estarían sumergidas en los arroyos: pensar que cualquier animal que hubiera quedado atrapado ya estaría muerto solo servía para que se me revolviera aún más el estómago.

Papá había intentado explicarme qué era la muerte, pero yo no le encontraba sentido. Decía que al morir regresábamos convertidos en otra cosa. Quizás en una ardilla o en un mapache. O puede que en un pez o en un esquimal. Era imposible saberlo. La parte más confusa de lo que me contaba era que, aunque él volviera convertido en otra cosa, una parte de su antiguo yo seguiría flotando en forma de humo para cuidarme. No podría hablar con él ni tocarlo, pero sí escribirle. Podría redactar cartas y luego quemarlas, para que el humo le llevara el mensaje.

Cuando volví al refugio guardé la carretilla y la pala, y entré. Me quité la chaqueta y el gorro de piel de ciervo, me dejé caer sobre el montón de pieles que aún no habíamos podido vender y contemplé las raíces del techo. Siempre había mucho trabajo que hacer y muy poco tiempo para descansar. Pero ahora papá estaba muerto y nada era lo mismo.

Pensé de nuevo en la muerte. Muchas de las cosas que papá me había explicado las aprendía enseguida. Si hierves las trampas de acero, les quitas el olor. Si cubres el tejado con hojas de palmito, no se filtra la lluvia. Si dejas en remojo una piel de ciervo durante dos días, se quedará muy suave. Eran cosas que yo podía entender. Pero lo que había dicho de morir, de los mensajes de humo y de lo mucho que odiaba al Gobierno... esas ideas me resultaban mucho más difíciles de asimilar.

Desde que yo tenía memoria había oído a mi padre decir que el Gobierno nos perseguía. El refugio en el que vivíamos estaba en un lugar recóndito de un bosque propiedad de una fábrica papelerera. A kilómetros de distancia de todo, un lugar al que nadie –aparte de nosotros– tenía motivos para ir. Incluso en el caso de que alguien pasara por allí, seguro que no encontraría nuestro refugio hasta estar justo encima de él. Consistía en una habitación pequeña y medio enterrada, con el techo tan bajo que papá tenía que agacharse para entrar. El tejado estaba cubierto de tierra y en él crecían árboles y arbustos. Con el tiempo, las raíces habían entrado en el refugio, se habían enredado con los troncos e incluso habían llegado hasta el suelo en los rincones. Todo lo que estaba por encima del suelo formaba parte de la naturaleza. Hasta el tubo de la estufa de leña, que salía por el techo, estaba revestido de piedra caliza.

Practicábamos con los rifles tres veces por semana. Nuestras ventanas eran, en realidad, estrechas rendijas para disparar y los árboles que se veían desde el interior estaban llenos de marcas y agujeros, pues papá y yo nos habíamos pasado años practicando la fase uno de defensa. En la fase dos nos escondíamos en el agujero de la parte trasera del refugio, desde donde un túnel lleno de barro conducía al zulo. Era un espacio cuatro veces más pequeño que el refugio y estaba hecho con planchas de acero que papá había cogido de un viejo granero. Del zulo salía un conducto de aire que atravesaba el suelo y llegaba al exterior, disimulado en el tocón de un árbol. Papá

decía que, si algún día pasábamos a la fase dos, taparíamos el túnel después de entrar. En el zulo teníamos suficiente carne seca y agua para aguantar más de una semana. Papá decía también que la fase dos sería difícil, pero el zulo estaba preparado para que pudiéramos sobrevivir allí si las cosas se ponían feas de verdad.

«Pasaría bastante tiempo antes de que nos encontraran», decía papá.

Por allí cerca no había líneas eléctricas ni carreteras. A excepción del sendero que llevaba al bosque de cedros, cambiábamos las rutas todas las semanas para no dejar huellas en el suelo. Casi siempre encendíamos el fuego en la estufa de leña porque así podíamos esconder las llamas. Si teníamos que encender un fuego en el exterior, utilizábamos la madera más seca que encontrábamos para que no saliera tanto humo. No podíamos llevar nada brillante a pleno sol por si acaso algún avión divisaba el reflejo. Precisamente por eso, las hojas de nuestros cuchillos estaban cubiertas por una fina capa de óxido. Papá incluso llegaba al extremo de acercarse a sus presas desde el sur, de modo que el sonido de los disparos se dirigiera hacia el fondo del río.

Desde el montón de pieles oía el canto de los pájaros a través de la estrecha ventana, mientras en el exterior la oscuridad se iba adueñando del bosque. Estaba acostumbrado a prestar una atención especial a los ruidos del atardecer y de la noche, porque papá decía que, si el Gobierno venía a por nosotros, lo haría a esas horas. Cuando el sol empezaba a ocultarse se ponía nervioso y guardaba silencio. Le gustaba sentarse dentro del refugio y trabajar en tareas que no hicieran ruido. Cosíamos, tallábamos madera, raspábamos las pieles y reparábamos trampas mientras escuchábamos los sonidos del bosque. Pero la tarde en que murió papá no hice ninguna de esas cosas. No pude. Lo único que hice fue acurrucarme como una ardilla y llorar.

2

Todo empezó a ir mal el verano antes del accidente de papá. Nos enteramos por el señor Abroscotto, el dueño de la tienda de Gainesville, de que la Compañía Papelera Internacional pasaba por un mal momento y había empezado a vender parte de sus terrenos. Papá dijo que la compañía papelera ya era dueña del bosque cuando nosotros habíamos llegado, pero que era una empresa tan grande que ni siquiera sabían que estábamos allí. Si empezaban a vender las tierras a propietarios más pequeños, era probable que nos acabasen encontrando.

Me daba cuenta de que papá estaba preocupado. Me dijo que el estanque quedaba fuera de los límites y que yo no debía alejarme del refugio, a menos que hubiera salido a comprobar las trampas o a buscar agua fresca. Sin poder ir a nadar al arroyo, los días se me antojaban más calurosos que nunca. Nos pasábamos las tardes sentados en el refugio, embadurnados con los taninos que obteníamos hirviendo bellotas para mantener a raya los mosquitos y garrapatas. Papá me obligaba a practicar la lectura mientras él fabricaba anzuelos de pesca con tallos de escaramujo y ataba ramas para preparar las trampas que usábamos para pescar bagres.

Aún no habían transcurrido dos semanas desde nuestra visita a la tienda del señor Abroscotto cuando los topógrafos encontraron nuestro refugio mientras nosotros estábamos

comprobando las trampas. Cuando papá y yo volvíamos, vimos sus chalecos de color naranja entre los árboles, así que nos agazapamos tras los arbustos y los observamos dar vueltas en torno al refugio. Se quedaron allí más o menos una hora, hurgando entre nuestras cosas. Le pregunté a papá si aquellos hombres eran el Gobierno y me dijo que no, pero que tampoco eran mucho mejores.

-¿Les disparamos?

-No.

-Si no son mejores que el...

-Cuando llegue la guerra, lo sabrás.

-¿Cómo?

-Yo te lo diré.

Al día siguiente, papá me despertó en cuanto amaneció.

-Arriba -me dijo-. Tenemos que ir al pueblo y averiguar qué está ocurriendo.

Me entusiasmé ante la idea de ir a la tienda del señor Abroscotto. Esas visitas eran mi única oportunidad de ver algo del mundo exterior, pero me cuidaba mucho de hablarle a papá de lo que sentía. Él decía que dejarnos ver por los extraños era la parte más peligrosa de nuestra forma de vivir. Un desliz y la policía se nos echaría encima. Yo sabía que no le gustaría verme entusiasmado ante la idea de ir a la tienda.

-¿Nos llevamos algo para vender, papá?

-No tenemos tiempo. Ponte los pantalones.

Mientras el sol asomaba entre los árboles, recorrimos los casi diez kilómetros que había hasta la tienda del señor Abroscotto. Antes solíamos venderle nuestras pieles, pero ya habían pasado más de tres años desde la última que nos había comprado. Decía que perdía dinero: le costaba más la gasolina necesaria para ir hasta Birmingham, donde las vendía a empresas que las usaban para fabricar ropa y objetos diversos, que lo que le daban por ellas. Desde entonces solo le

vendíamos carne y las verduras que cultivábamos en nuestro huerto. Con el dinero que obteníamos comprábamos lo que necesitábamos del mundo exterior.

Casi todo el camino era a través del bosque, pero el último kilómetro teníamos que hacerlo por la carretera para rodear el pantano grande. Papá decía que no pasaba nada, porque la carretera era una recta larga, así que podíamos oír los coches que se acercaban en una y otra dirección antes de que nos vieran. Nos daba tiempo de escondernos en la cuneta y quedarnos inmóviles hasta que pasaban.

La tienda estaba a las afueras del pueblo y el único edificio cercano era una pequeña construcción de ladrillo que, según papá, pertenecía a la compañía eléctrica. Un kilómetro más allá, en la carretera, se veía un semáforo. Papá decía que era el único de todo Gainesville. Me gustaba mirar el semáforo todo el tiempo que podía, antes de que papá me empujara hacia los surtidores de gasolina y luego hacia la tienda. Una vez vi pasar un tractor por debajo del semáforo y también un autobús escolar de color amarillo.

El señor Abroscotto era un hombre fuerte para su edad, como si en otros tiempos hubiera sido leñador o policía. Tenía la piel oscura como el cuero, cosa que hacía destacar aún más su pelo blanco como la nieve. Ese día nos dijo que un abogado de nombre Wellington le había comprado cuatro mil quinientas hectáreas a la compañía papelerera. La propiedad iba desde el río Noxubee hasta el pantano grande y desde la carretera hasta Major's Creek en los lados este y oeste. Por las indicaciones del señor Abroscotto, deduje que nuestro refugio estaba más o menos en el centro de la propiedad del señor Wellington. Papá debió de pensar lo mismo, porque se marchó de la tienda sin despedirse siquiera. Salí detrás de él y tuve que correr para alcanzarlo.

–Más espacio, papá.

No me respondió.

–¿Papá?

Se volvió hacia mí, me agarró del brazo y me arrastró hacia él.

–Esta vez ve a mi ritmo –dijo–. Si tienes que correr, corre.

Pasaron un par de semanas antes de que llegara la maquinaria pesada y empezara a abrir una carretera y despejar un claro, a unos cinco kilómetros de distancia del refugio. Papá estaba muy nervioso y me contestaba mal cada vez que yo cometía un error, por pequeño que fuera. La tomaba conmigo, sobre todo, por pisar ramitas y hacer ruido cuando caminábamos por el bosque. No hacía más que pararse y tocarme el hombro, lo cual quería decir que yo debía quedarme quieto y escuchar. Por su forma de actuar, comprendí que todos aquellos trabajadores y toda aquella maquinaria significaban problemas.

Empezamos a comprobar de noche las trampas para bagres. Descendíamos hasta la orilla del río Noxubee a la luz de la luna y, durante el día, nos quedábamos cerca del refugio a menos que tuviéramos algo urgente que hacer. Trabajábamos en el huerto y nos ocupábamos de los pepinos, las berenjenas y las remolachas. Si espaciábamos lo suficiente todas aquellas verduras, crecerían ocultas entre el resto de las plantas del bosque y no nos delatarían en el caso de que alguien pasara por allí. Cuando empezaba a apretar el calor, regresábamos al refugio y nos quedábamos allí hasta última hora de la tarde. Papá se dedicaba a escuchar y observar por las ventanas estrechas mientras trabajaba en algo. Se ponía nervioso hasta cuando yo leía.

–Lee en silencio, hijo. Ya eres demasiado mayor para leer en voz alta.

Un mes más tarde, papá y yo tomamos un sendero desde el refugio en dirección sudeste y fuimos a buscar la arcilla roja que necesitábamos para hacer cazuelas. Estábamos más o menos a

un kilómetro del nuevo claro del bosque cuando papá levantó de repente una mano. Yo conocía aquella señal y me detuve. Nos quedamos allí unos instantes y luego, entre el insistente zumbido de los mosquitos, oí martillazos.

–¿Están construyendo algo, papá?

Lo vi apretar los dientes y entornar los ojos.

–¡Chst! –dijo.

Segundos más tarde, siguió andando por el sendero de tierra.

–¿Qué es, papá?

–Una casa.

–¿Alguien va a vivir aquí?

–Sí.

Comprendí que papá no quería hablar del tema, así que lo seguí sin hacer más preguntas.

Después de haber escuchado los martillazos, papá ya no consiguió concentrarse en el trabajo. Me daba alguna tarea en el refugio y luego decía que tenía que ir al bosque a ocuparse de no sé qué. Por lo general, estaba fuera un par de horas. No quería decirme adónde se dirigía, pero yo sabía que iba a ver qué eran aquellos martillazos.

–Termina tú de escamar esos peces –me dijo un día–. Yo tengo que ir a buscar una cosa que me he dejado en el sendero.

–Quiero ir contigo, papá.

–No hace falta.

–Solo me quedan dos peces para terminar.

Papá contempló las copas de los árboles y se mordió el labio inferior.

–De acuerdo –dijo al fin–, vamos.

En realidad, papá no iba a buscar nada. Caminamos a hurtadillas por el bosque, ocultándonos entre los arbustos de acebo dulce y las cañas hasta que llegamos al lugar en el que estaban construyendo la casa. Vimos varios bloques de hormigón unidos con cemento y, sobre ellos, vigas horizontales de madera para colocar el suelo de la casa. Había pilas

de tablones de madera por todas partes, que servirían para construir el resto de la estructura. Me volví hacia papá, con la esperanza de que me dijera qué significaba todo aquello. Estaba pálido y preocupado.

–Van a construir una casa muy grande, ¿verdad, papá? –le pregunté al fin.

–Una gran cabaña de caza –murmuró.

–Nunca había visto nada tan grande.

Papá asintió y me indicó con un gesto que debíamos volver al refugio.

No volvimos a ir juntos a la cabaña. Los días empezaron a ser más fríos y las brisas nos indicaron que se acercaba el otoño. Las cosas habían cambiado entre papá y yo. Aunque estábamos juntos prácticamente todos los minutos del día, yo tenía la sensación de que él ni siquiera reparaba en mi presencia. Casi siempre estaba absorto en sus pensamientos y, aunque yo observaba su expresión todo el tiempo, no tenía ni idea de lo que le pasaba por la cabeza.

Sacamos las trampas de acero del lugar en el que las guardábamos, las engrasamos bien y reparamos con alambre las partes rotas. Las hojas de los arcos habían empezado a cambiar de color y yo sabía que quedaba poco más de un mes para la temporada de trampas. Pero papá ya no hacía las cosas según el orden habitual. Un día me dijo que fuera a buscar moras: ya habían pasado cinco meses desde que habían caído las últimas.

–Papá, ya no es época de moras.

–Tú haz lo que te digo –me respondió.

Esperé unos segundos para ver si se daba cuenta de su error, pero siguió afilando su cuchillo. Yo no sabía qué hacer, así que salí al bosque y eché a andar. Pensé que si permanecía fuera el tiempo suficiente conseguiría convencerlo de que, por lo menos, me había esforzado.

Cuando me alejé del refugio, me sentó bien estar solo después de haber pasado tanto tiempo con papá y con sus preocupaciones. Levanté la mirada hacia las copas de los árboles y contemplé los tonos amarillos y rojos de las hojas que empezaban a cambiar de color. Los pájaros revoloteaban y entre los arbustos se oían sus trinos estridentes. Tuve la sensación de que me costaba menos respirar y se me coló por la nariz el olor de los cedros y de las chinches hediondas.

Sin proponérmelo, me alejé lo bastante como para poder escuchar los ruidos de la cabaña. Cuando me llegó el sonido de las herramientas eléctricas y de los martillos sentí tanta curiosidad que no pude evitar acercarme un poco más para echar un vistazo.

Los trabajadores habían llevado una casa móvil hasta la obra y, al parecer, vivían allí. Había más madera apilada en el terreno, además de ladrillos y materiales para construir el tejado. La cabaña ya tenía dos plantas. Quise quedarme para ver trabajar a aquellos hombres, pero no tardé en recordar las advertencias de papá acerca del contacto con extraños. Me adentré de nuevo en el bosque y seguí un sendero diferente para regresar al refugio.

Cuando llegué, papá estaba sentado fuera tejiendo un cesto con sarmientos de muscadinia. Me quedé de pie delante de él, dispuesto a contarle por qué había vuelto sin moras, pero no me preguntó ni por las moras ni por nada.

–Ya están levantando las paredes de la cabaña, papá.

Dejó los dedos inmóviles y me miró.

–No quiero que vuelvas a acercarte por allí.

–Si ni siquiera está terminada.

–Me da igual. Ya me has oído.

–¿Crees que cuando el abogado se instale allí podríamos ir a hablar con él para que nos deje quedarnos?

Papá volvió a mirarme.

–¡No lo sé, hijo! ¿Por qué no te ocupas de tus tareas y te olvidas de ese abogado y de sus asuntos?

Con la llegada del otoño, las hojas empezaron a caer de los árboles y las copas se convirtieron en un compacto abanico verde de agujas de pino. Sacamos las chaquetas de piel de ciervo que guardábamos entre los tablones de cedro y las impermeabilizamos con grasa de visón de cara al invierno. A las zanahorias todavía les quedaban unos días, pero teníamos que recoger el resto de las verduras antes de que llegara la primera helada. La última cosecha del año siempre era emocionante para mí, pues significaba que iríamos a la tienda del señor Abroscotto a vender lo que tuviéramos.

Tenía miedo de que papá me ordenara quedarme en el refugio, pero no lo hizo. Una mañana se cargó el saco de verduras a la espalda y me dijo que me pusiera la chaqueta y fuera con él. Por lo general, papá caminaba despacio y observaba el bosque. Buscaba huellas de ciervos, tierra removida por los jabalíes y otros rastros que nos ayudaran a encontrar presas cuando empezara a hacer frío. Ese día, sin embargo, tenía la cabeza en otro lado: echó a andar de prisa y no frenó el paso.

El señor Abroscotto estaba sentado detrás del mostrador, leyendo el periódico, cuando entramos.

–Buenos días, George –dijo papá.

El señor Abroscotto dejó el periódico y se puso en pie.

–Buenos días, Oli. ¿Qué tal, Moon?

–Bien –le respondí.

–¿Qué me traéis?

Papá le enseñó al señor Abroscotto el saco de verduras.

–Pepinos, berenjenas y remolachas –dijo.

El señor Abroscotto acercó el saco a la balanza. Pesó las verduras por separado y luego las dejó todas en una caja marrón que estaba en el suelo.

–¿Te va bien veinte dólares?

–Si eso es todo lo que puedes darme, supongo que no tengo elección.

El señor Abroscotto asintió y le pagó a papá con el dinero

de la caja registradora. Papa se guardó los billetes en el bolsillo y me di cuenta de que ya estaba de mejor humor.

–¿Qué más sabes del abogado ese? –preguntó.

El señor Abroscotto sacudió la cabeza.

–No mucho. Sus trabajadores vienen bastante por aquí.

–¿Sabes cuándo terminarán la casa?

–Dicen que en diciembre. Que se instalará aquí para Navidad.

Me quedé detrás de papá y eché un vistazo a la tienda, especialmente a los estantes llenos de dulces y comida enlatada. Procuré que papá no me viera, porque sabía que me gritaría. A veces me obligaba a quedarme fuera esperando mientras él entraba a negociar. Decía que las tiendas eran muy tentadoras para los niños.

–¿Y qué va a hacer con esa casa tan grande? –preguntó papá.

–Dicen que le gusta cazar ardillas.

Papá sacudió la cabeza con un gesto de rabia.

–¿Todo eso para cazar ardillas?

–Supongo que algunos tienen tanto dinero que ya no saben qué hacer con él.

–Supongo –gruñó papá–. Necesito sal, balas del calibre veintidós, vinagre, una caja de clavos y cerillas.

El señor Abroscotto se alejó para buscar todas aquellas cosas.

–¿Y si compramos un poco de azúcar esta vez, papá?

–No necesitamos azúcar.

–¿Y una lata de guisantes como la que compramos aquella vez?

–Tenemos un montón de bellotas tostadas que ni siquiera has tocado.

Supuse que papá no estaba de humor para comprar extras.

–Tenemos todo lo que necesitamos, ¿verdad, papá?

Papá asintió.

–Tenemos todo lo que necesitamos –repitió.

Subimos de nuevo por la carretera, nos adentramos en el bosque y tomamos un sendero que me gustaba porque pasaba por un bosque de cedros y un campo de hierba alta. Aquella fue la última vez que papá salió del bosque.